

La lección del tiempo

JOSEP OTÓN

Dicen que la naturaleza es sabia, aunque andamos un poco enfadados con ella por la cuestión de la pandemia. ¡Qué hermosa es la puesta de sol en un atardecer! Pero qué triste es acabar el día haciendo recuento de los problemas acumulados. Quedamos embelesados al contemplar un paisaje idílico. Sin embargo, temblamos ante el ímpetu de la naturaleza desatada.

A pesar de todo, el dinamismo natural nos quiere enseñar con su sabiduría oculta el difícil arte de acoger el tiempo. Para huir de la monotonía nos sumergimos en el ritmo trepidante. Soñamos con la eternidad sin haber saboreado el fluir de la vida. La prisa nos apremia al tener que resolver un problema urgente. Tenemos miedo de que se nos escape el tiempo. Nos cuesta esperar. Esperar parece una pérdida de tiempo cuando hay tanto por hacer y tanto por experimentar. Deseamos llegar a la meta sin prestar atención al trayecto.

Con el paso de las estaciones la naturaleza nos enseña a acoger el ciclo de la vida. Por mucho que nos empeñemos, el invierno durará lo que tenga que durar. Y casi sin previo aviso, la primavera irrumpe en nuestra vida. El día se llena de luz y los campos se engalanan con un estallido cromático. Pero tampoco se trata de algo definitivo donde poder instalarnos para siempre. No es el fin del viaje. Es una etapa como tantas otras.

Como dice el autor del libro del Eclesiastés, Dios hizo todo hermoso en su momento y, aunque puso en la mente humana el sentido del tiempo, a duras penas somos capaces de captar todo el esplendor de la obra que Dios realiza de principio a fin (Qo 3, 11). *

